

PRECIOS DE SUSCRICION EN CARTAGENA.

ECO, mes. . . . 8 rs.
 Trimestre. . . . 21.
 FUERA DE ELLA.
 Trimestre. . . . 30.
 NÚMEROS SUELTOS
 DEL ECO, UN REAL.

EL ECO

DE CARTAGENA.

PRECIOS DE SUSCRICION EN CARTAGENA.

ECO
 Y CARTAGENA ILUSTRADA.
 Trimestre. . . . 28 rs.
 Fuera id. . . . 34.
 NÚMEROS SUELTOS
 de Cartagena Ilustrada 2 r

Puntos de suscripcion.

CARTAGENA

Liberato Montells, Mayor 24.

(SEGUNDA ÉPOCA.)

Madrid y Provincias

corresponsales

de la casa SAAVEDRA.

Lunes 16 de Febrero.

El Eco de Cartagena.

EL DINERO.

He aquí condensado en una sola palabra el móvil de casi todos los males que afligen á la sociedad, no por lo que en sí representa en el sentido absoluto de la palabra, sino por los infinitos medios que se ponen en acción para conseguirlo, y los objetos en que se emplea para gastarlo; y sin embargo, el dinero ó otra cosa equivalente que le sustituya para los efectos que aquel se aplica, no es posible desterrarlo de la vida social, por mas que se deploran sus funestos efectos que cada dia produce su mala adquisicion y peor inversion.

Es cierto, que el robo, la prostitucion, la estafa, y tantos y tantos otros crímenes como la sociedad repugna y pena, tienen por móvil directo el deseo de adquirir una fortuna crecida en poco tiempo y con ella gozar de la libertad y la holganza.

Pero tambien lo es, que muchos de los que á tal estado de degradacion vienen á parar, no es toda la culpa suya, sino de los que con dañada intencion, y por conseguir el logro de miras que les son puramente personales, incitan con su ejemplo y predicaciones á las clases pobres (y por desgracia mal educadas) á aborrecer el trabajo, el cual les presentan de la manera mas despreciable y repugnante, y haciéndoles entrar un porvenir de goces materiales con solo separarse de la senda que hasta entonces siguieron por instinto, é inculcándoles el menosprecio de la estimacion personal y social, ofreciéndoles todo cuanto es necesario para quebrantar su buen instinto, sin cuidarse ni un solo momento, de que aquellos desgraciados seres, que sumen en el inmundododazal de los vicios, y que los

inhabilitan para el presente y porvenir, cuando pudieran y debieran ser miembros útiles en la sociedad. Esto nada les importa, obedecen á sus miras, los toman como instrumentos inconscientes de ellas, los desorientan con sofismas que alhagan sus pasiones y deseos, presentándoles el robo como una cosa natural y legitima, la virtud como mogigatoria y preocupacion, la estafa como una habilidad graciosa, el trabajo como una ocupacion depresiva, y á este tenor rompen con mano impia todos los fueros morales y sociales que pudieran ser un obstáculo para arrastrar la muchedumbre en pos de sí, y llegar al fin que se propusieron que les importa conseguido este dejar tras sí un rastro de sangre, de luto y de envilecimiento? nada, ellos lograron su fin, ellos adquirieron unas riquezas que no les hubiera sido posible reunir por medios lícitos y decorosos, lo demás no hace mella ni por un momento en su imaginacion; ellos se valen del hombre que convierten en su instrumento, del mismo modo que el artesano usa de las de su oficio, estos los preparan en la muela destruyendo parte de su sustancia para ponerlos en condicion de servir, los usan y consumen, y cuando quedan inútiles, los tiran sin reservar un recuerdo para ellos, en gracia de los buenos servicios que les prestaron y sin agradecerle nunca, que se destruyó para proporcionarles su sustento.

Asi, del mismo modo, el hombre que por dar oídos á predicaciones perjudiciales se convierte en instrumento de planes ajenos, puede tener la certeza de cuando aquel ó aquellos á quien ha servido hayan logrado sus deseos, les volverán la espalda sin acordarse de los servicios que les prestaron, y si no los consiguen, procurarán ponerse en salvo para que sean las victimas propiciatorias que purguen las faltas que los otros cometieron, no dejándoles mas herencia que el envilecimiento y degradacion en que han caido por ser creídos de sus doctrinas.

Esto que en otras circunstancias

pudiera parecer una teoria, hoy por una fatalidad, es un hecho en nuestra poblacion, en la que una gavilla de ambiciosos, sin corazon, han precipitado á la muchedumbre á actos y excesos, que nunca hubiéramos presenciado, si de antemano no se hubiera sembrado con mano pródiga la cizaña social y el descreimiento de todo lo que es digno y merecedor de ser respetado.

No debemos sin embargo rechazar en absoluto el deseo de la adquisicion de la riqueza; muy lejos de esto, nosotros somos como no puede ser otra cosa, partidarios de ella, pero como partidarios de la riqueza y dinero adquirido por los medios decentes y dignos, somos partidarios, de la retribucion honrosa del trabajo, somos partidarios del dinero que no quema la mano al tiempo de recibirlo porque sea el premio de la infamia, somos partidarios del sueño tranquilo que produce el convencimiento de haber cumplido con los preceptos de la conciencia, asi como rechazamos todo lo que no se ajuste dentro de estas condiciones, y preferimos con mucho y sin titubear un solo instante, la miseria á todo en absoluto lo que pueda rebajarnos siquiera sea una línea de nuestra propia estimacion y de la estimacion de la sociedad en general, á quien rendimos justo y merecido culto.

Para conseguir este deseo, solo se necesita una facilísima fórmula que sirva de base y quizá en los actos de la vida, que consiste en formar un tripode con las tres fuertes columnas de trabajo, honradez y economía y encastillados en él, no escuchar ni practicar nada que no tenga cabida dentro del espacio que ellas permiten

HOMBRES
 Y COSAS DE CARTAGENA,
 por J. L. Combatz, de la Commune de Paris.

II.

SUMARIO. El Hotel de Paris.—Pasar revista.—Los comisionistas de alzamientos.—Conflicto cantonal-prusiano.—La emigracion cartagenera.—Un arrastramiento.—Los calabozos de Galeras y monseñor Darboy.—Punto interrogativo.

Llegué á Cartagena la vispera del dia en

que la escuadra anglo-prusiana traia prisioneras la «Vitoria» y la «Almansa». Fui á parar directamente al Hotel de Paris, donde se hallaba instalado el cuartel general del gobierno del canton murciano. ¡Qué ruido, grandes dioses, qué animacion y que brío! Espuelas, galones, kepis, sonaban, brillaban, relucian en los salones, en las escaleras, en las antecámaras, en todas partes. Los sables resonaban tan alegres como los rostros de los que los arrastraban. La victoria se cantaba ya en aquel bazar político militar, y el que se hubiera atrevido á manifestar la duda mas pequeña sobre el triunfo, hubiera sido tratado de loco ó de centralista.

La primera persona oficial á quien vi fué Roque Bércea, y la impresion que le causó muy agradable, pero como hombre de mundo, se contuvo, y al separarse de mí, me aseguró que iba á dar orden para que se me admitiera á pasar revista. Se me explicó que esto queria decir que iba á tomar una cantidad, y como me manifestase admirado de que se pudiese de este modo percibir un sueldo antes de haberlo merecido, se me respondió que todos los que venian de Madrid recibian un mes de paga como indemnizacion de sus trabajos en favor de la revolucion. Pero este detalle de anticipo de sueldo me inquietaba muy poco, porque, desde Cartagena en revolucion, iba á poder enviar pintorescas correspondencias á mis diarios, olvidados de mí mientras estuve en Madrid, en donde pululan tantos corresponsales ordinarios, especiales ó accidentales, pero que debian volver á mí mas dulces, mas amables desde el momento en que iba yo solo á monopolizar el artículo correspondencia y esperaba ¡oh ilusion enganosa! hacer palidecer á la que jamas palidece, á la Agencia Havas, la gran parlanchina de los siglos presentes y futuros.

¡Ah! Cartagena estaba ya cuajada de corresponsales y mi periódico el *New-York-Herald*, estaba representado por Mr. Adolphe, secretario de un célebre viajero, que fué mi amigo, Mr. Stanley, el descubridor del paradero del doctor Levigstone. Los periódicos franceses mostraban gran interés por las cosas de Cartagena, que se iban alargando y llevaban trazas de no concluir jamás. Algunas semanas hubieron de pasar hasta convencirme plenamente de ello. Pero vuelvo á toda prisa á nuestro asunto.

Estaba en el hotel de Paris; no me detuve allí mas que dos horas, tiempo preciso para saludar á antiguos conocidos del café de Madrid, políticos melencólicos rebosando bilis, rabiosos por obtener destinos, por adquirir celebridad, y que nunca hubieron de haber salido del café.